

ANTONIO RIVERO TARAVILLO, *Suite irlandesa*, Fundación José Manuel Lara, Colección Vandalia, Sevilla, 2023, 215 pp. ISBN: 978-84-19132-09-3.

La última colección poética de Antonio Rivero Taravillo es un frondoso florilegio inspirado en Irlanda y a ella ofrendado como romántico tributo de una vida entregada a su encanto proverbial. En él hay reunidos, a modo de antología, algunos poemas de tema irlandés ya publicados junto con otros nuevos, la mayoría, que componen un extenso y variado testimonio de su pasión por un país que él conoce como pocos, hasta el punto de que quienes lo añoramos desde más lejos nos aproximamos a él gracias a su obra, que abarca, además de poesía propia, novelas (como *1922*, editada en Pre-textos, donde recrea episodios de la vida de Yeats y Joyce), ensayos, libros de viaje y, entre otros palos literarios, traducciones de poesía. En su voz leemos en español a autores como Flann O'Brien o Liam O'Flaherty, vertidos directamente del gaélico irlandés, o toda la poesía de W. B. Yeats, publicada también en Pre-textos, por citar sólo un ejemplo, y es que Rivero Taravillo se ha labrado, por medio de una vasta y cuidadísima obra, el reconocimiento unánime como uno de los mejores traductores de poesía en lengua inglesa al español.

Su fascinación por la verde Erín, que en una nota al final del libro relaciona con la belleza de su música y con el carácter insumiso de su gente –con el que también se identifica–, hace de él un ferviente entusiasta al que los demás seguimos de cerca esperando que ese fervor suyo mantenga vivas las ascuas de nuestra propia melancolía. Por esa razón trasciende lo que entendemos por un rendido homenaje (a su paisaje, su lengua o sus referentes culturales) para sustanciarse –y esto conmueve en tanto que a su vez tiene lugar dentro de cada lector– en la herida que Irlanda inflige en el hombre sensible. Como sucede con la Turquía de Pierre Loti, los lectores depositamos nuestra confianza en quien ha viajado y leído por muchos de tal modo que el espíritu del país se ha incorporado en él a lo largo de décadas y, en consecuencia, éste encarna una visión única, experimentada, riquísima que los demás no alcanzaremos a sentir más que a través de sus ojos. Su amor por la geografía y la historia irlandesas lo convierte para mí, ahora trocando Irlanda por Grecia, en un alter ego del francés Jacques Lacarrière, que dedicó su vida a conocer en profundidad los mitos y la tradición viva de la Hélade y dejó libros memorables, desde traducciones al francés de algunos de sus mejores poetas (Odysseas Elytis, Giorgos Seferis o Yannis Ritsos) hasta cuadernos de viaje en los que anotó muchas de sus aquilatadas andanzas por una Grecia que algunos filohelenos como yo nunca pudimos conocer porque era la suya, la que describe en *Verano griego* (2009) o en *Diccionario del amante de Grecia* (2002), emparentado éste con *En busca de la Isla Esmeralda* de Rivero Taravillo, ambos concebidos como diccionarios sentimentales de la cultura de estos países gemelos, padres de dos Ulises. No sólo el tema sino sobre todo el tono, eminentemente nostálgico, dan carácter unitario a este libro que está dividido en tres partes: *Dublín*, un poemario en sí mismo compuesto por treinta y seis poemas de una gris belleza contenida; *Hiberniae*, el más largo y heterogéneo de todos, donde se alternan hexámetros, sonetos, haikus y una

gran pluralidad de versos que el poeta demuestra manejar con plena destreza formal y un gusto, socarrón a veces, por alejarse de lo más transitado; y por último, a modo de elegía, *La reina Maeve*, hermoso epílogo que deja un intenso sabor a despedida. *La belleza del mundo me entristece*, dice al comienzo de una de sus páginas, y este verso, fragmento del último poema de Pearse, podría condensar la esencia de este libro que contrapone Irlanda –el mito y la memoria de Irlanda transmutados por el poeta en obra artística– a la fealdad de la que manifiesta haber emprendido una huida rebelde. No es de extrañar que el tiempo y las imágenes guardadas en la retina hagan humedecer los ojos y tambalear las piernas del caminante cuando entona *la hiedra en las fachadas de mi carne / trepando por la luz de los recuerdos*. Algunos de los poemas que más calado tienen para mí hablan con gracia y maestría (resalta el uso de metáforas audaces en las que hay destellos de un ingenio elegante, refinado, nunca superficial o con afán de enmascaramiento) acerca de esta simbiosis que la poesía, por efecto de sus artes, permite concebir entre el ser humano y una idea embriagadora de Irlanda –que no la Irlanda ideal o idealizada–. *Irlanda me visita* –dice otro de ellos– / *mientras paso las páginas*, páginas en las que encuentro a un poeta sentido y sincero al que es muy fácil leer con agrado mientras lo acompañamos en silencio hasta la última etapa, por ahora, de su viaje circular al interior de sí mismo. Irlanda es el origen y el destino de una introspección personal en la que el yo nunca es estorbo ni impostura, sino aliciente añadido a la materia irlandesa e inseparable de ella. Una vez que he llegado al final, demorando las últimas hojas, coloco de nuevo el marcapáginas en el poema número 4, uno de mis preferidos, para invitarles a ustedes a que se internen en ellas pero sobre todo para hacerme la ilusión de que todavía me quedan muchas por delante, largos caminos que se adentran en la bruma de los valles que pueblan la memoria de Antonio Rivero Taravillo.

4

Me gusta Irlanda por lo inútil,
 por su gran capacidad para lo impráctico,
 que las cuerdas de un arpa solo sean mecanismo
 de lo que escapa y nunca lo que aferra.
 El hambre, por ejemplo,
 primera exportadora con la ayuda
 impagable de Inglaterra.
 Pero también el genio, el humor,
 y esa capacidad de que el milagro
 no requiera concurso de fantasmas
 y que un lago baste, una colina
 y el viento entre los juncos del ribazo.
 Sus grises son tan verdes que rezuman
 la clorofila antigua de los mitos.
 La luna, un gato blanco; y ronronea
 con su manto de druida bajo el *ogham*
 de las estrellas.
 Escucho los latines de los pájaros,
 y arrastran un dejo que no es céltico
 ni indoeuropeo
 sino eco del tiempo en el que hablábamos
 lo mismo los humanos y las aves.
 Me bato con su lengua como un héroe
 que nunca sacará partido alguno
 y obtiene sin embargo el galardón
 de vencerse a sí mismo,
 melladas las espadas de los verbos,
 medallas las espaldas de los versos

y las lanzas partidas de los nombres
y ese apareamiento de las preposiciones
con los artículos, y yelmos
en las cabezas de las palabras:
las consonantes que se cubren
unas a otras.
Las palabras se enredan como trébol
en un campo mojado por la noche.

Juan José Tejero